

TEMA 33. LA CRISIS DE LAS DEMOCRACIAS EUROPEAS.

Los acuerdos de París al finalizar la I Guerra Mundial fueron recibidos como un gran triunfo de los valores democráticos (alternancia en el ejercicio del poder, prensa libre, libertad, igualdad ante la ley, pluralismo político...) y como el preludio de una nueva era de paz y prosperidad para el mundo. Y en efecto, en más de un sentido, la I Guerra Mundial significó el triunfo de la democracia. A esa interpretación contribuyeron hechos como: 1º) la desaparición de los imperios autocráticos de los Romanov, los Habsburgo, los Hohenzollern, y del Imperio otomano; 2º) la proclamación de repúblicas democráticas en Alemania, Austria, Checoslovaquia, Polonia, Turquía, Letonia, Estonia, Lituania y Finlandia; 3º) la concesión del sufragio femenino en Gran Bretaña, Holanda, Suecia y EEUU, y la introducción de fórmulas de representación proporcional en países como Francia e Italia; 4º) la constitución de la Sociedad de Naciones sobre el principio de una nación, un voto.

Pero aquel triunfo de la democracia tuvo mucho de ilusorio. La guerra había destruido el optimismo y la fe en la idea de progreso y en la capacidad de la sociedad occidental para garantizar de forma ordenada la convivencia y la libertad civil. Una parte cada vez más numerosa de la opinión confiaría en adelante en soluciones políticas de naturaleza autoritaria.

Por un lado, el nuevo régimen comunista ruso actuó como revulsivo de la conciencia revolucionaria, al tiempo que provocaba la reacción de alarma de las clases conservadoras del mundo occidental (El comunismo, en todo caso, visto no ya sólo como una forma igualitaria de organización de la sociedad sino como una nueva moral, ejerció en los años de la posguerra una fascinación innegable).

De otra parte, los acuerdos de paz provocaron una reacción ultranacionalista en los países derrotados (Alemania) o decepcionados por los tratados (Italia), sobre todo entre los excombatientes (de mentalidad patriótica y militarista identificada con el recuerdo de la guerra, con abierta hostilidad a la democracia). (El reconocimiento por los aliados del derecho a la autodeterminación de las nacionalidades de los ex imperios austro-húngaro y otomano reforzó en todas partes las aspiraciones de los movimientos nacionalistas e independentistas).

El nuevo orden internacional creado por la I Guerra Mundial se cargaba así de inestabilidad y conflictos. Además, por otra parte, las esperanzas que había suscitado la creación de la Sociedad de Naciones se desvanecieron pronto (Ya nació con grandes limitaciones: la Rusia soviética y Alemania habían quedado excluidas. Tampoco lo hizo EEUU -el Senado norteamericano votó por el tradicional 'aislacionismo' del país-. Además carecía de autoridad para imponer sus decisiones).

Las nuevas democracias del centro y este de Europa nacieron condicionadas por el peso de la herencia de la guerra: graves daños materiales, desajustes económicos, fuerte endeudamiento exterior, pago de indemnizaciones (en el caso de los países derrotados)... El legado de la guerra hipotecó decisivamente el futuro de la democracia en aquella región de Europa.

A pesar de estos peligros, mientras en varias naciones se instauran regímenes autocráticos, Francia, Inglaterra y EEUU no renuncian a sus instituciones y a su pluralismo.

= FRANCIA DESPUÉS DE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

Tras la guerra, Francia es la nación que afronta la reconstrucción con heridas más profundas. Los tres problemas principales que hubo de afrontar eran:

- Debilitamiento demográfico.- Se debió no sólo a los muertos y desaparecidos durante la guerra

(entre militares y civiles fueron aproximadamente 1.600.000), sino a la contracción de la natalidad que entonces se dio. Así, Francia experimentó una pérdida neta de 3 millones de personas, a pesar de la incorporación de Alsacia y Lorena. Todo ello la retrotrajo a la demografía de principios de siglo.

Al incidir estas pérdidas entre los jóvenes, la población francesa ha envejecido (más pasiva en el sentido laboral).

- Reestructuración de la economía.- Francia trató de orientar los esfuerzos hacia el desarrollo industrial con mano de obra agrícola. Hasta 1927 adoptó una política proteccionista, más en la industria que en la agricultura, estimulando con diversas medidas la concentración industrial.
- Tensiones sociales.- Ante el desencanto de las masas obreras excombatientes, que a su vuelta de la guerra esperaban una legislación social que les compensara su fidelidad (recordemos que durante el conflicto se suman a las demás fuerzas de la nación y se aplazan las reivindicaciones), pero que encontraron sólo algunas disposiciones como la jornada de 8 horas en la industria. Los obreros comenzaron a afiliarse en masa a los sindicatos (C.G.T.) e incrementaron su combatividad, que culminó en las huelgas de 1920. De manera paralela se produce el aumento de fuerza del Partido Socialista, pero ha de enfrentarse con la experiencia rusa y el nacimiento de la III Internacional (Komintern), que supuso la escisión de muchos partidos socialistas.

Todos los problemas económicos y sociales fueron afrontados por el gobierno sin represión y sin suspensión constitucional, a diferencia de Alemania antes e Italia después, que persiguen de manera sangrienta a los movimientos socialistas.

La vida política francesa en el período de entreguerras pasa por las fases siguientes:

- Bloque Nacional (1919-24)
- Cartel de Izquierdas (1924-26)
- Unión Nacional (1926-32)
- Nuevo Cartel (1932-36)
- Frente Popular (1936-1937)
- Bloque Nacional (1919-24) → Hombre fuerte: Millerand

El Bloque Nacional, la gran coalición de la derecha republicana, ganó las elecciones de noviembre de 1919, favorecida por el clima de exaltación patriótica generada por la victoria en la guerra y por el giro a la derecha de una parte del electorado francés (participación de héroes de la guerra en las candidaturas, el peligro bolchevique). Los gobiernos del Bloque fueron gobiernos nacionalistas y conservadores. El incremento de las movilizaciones sociales en 1919-20 -consideradas por los gobiernos del Bloque como intentos revolucionarios, por el temor de contagio de la revolución rusa, fueron duramente reprimidas por el ejército. Pero esta postura represiva podía frenar momentáneamente las tensiones sociales, pero no solucionaba nada en el campo económico, donde se dio inflación y deterioro de la cotización internacional del franco. El gobierno vinculó la solución de los grandes problemas del país al mantenimiento de una política exterior de prestigio y autoridad que impusiese la estricta aplicación del Tratado de Versalles, garantizase la seguridad colectiva europea y obligase a Alemania a cumplir con los pagos de las reparaciones de guerra (pieza esencial para financiar los gastos de la reconstrucción de Francia).

En enero de 1923, para asegurarse el pago de las reparaciones alemanas, el gobierno decidió la ocupación militar del Ruhr, conjuntamente con Bélgica. Pero los resultados fueron contraproducentes: la actitud francesa provocó su aislamiento internacional y un evidente deterioro en las relaciones con Gran Bretaña y EEUU que, convencidos de que la seguridad europea requería la recuperación de Alemania, impusieron en

abril de 1924 el Plan Dawes, que contemplaba modificaciones en los plazos de pago de las reparaciones. Para combatir la inflación, el gobierno acordó drásticos recortes presupuestarios y una fuerte subida de impuestos. Todo ello llevó a la opinión a votar a las izquierdas democráticas y al socialismo en las elecciones de 1924.

- Cartel de izquierdas (1924-26) â radicales y socialistas â

Pero las grandes expectativas suscitadas por la victoria de la izquierda quedaron pronto defraudadas. El cartel de izquierdas, que agrupaba al partido radical y a los socialistas, no pudo sobrevivir a las diferencias políticas que separaban a los dos socios ni resolver el que aparecía como principal obstáculo a la reconstrucción de Francia: la crisis monetaria. Los radicales (expresión del “francos medio”) eran contrarios a la política de intervencionismo estatal en cuestiones económicas y sociales que defendían los socialistas. Estas diferencias agravaron la crisis financiera: el franco se devaluó perdiendo un 30 % de su valor.

En el plano exterior, destacamos que el Cartel puso fin a la ocupación del Ruhr, aceptó el Plan Dawes, estableció relaciones diplomáticas con la URSS y aprobó la admisión de Alemania en la Sociedad de Naciones. Sin embargo, se vio sorprendido por el estallido del problema colonial, primero en Marruecos y luego en Siria, donde se produjeron insurrecciones y violencias de distinto tipo a partir de julio de 1925.

Como consecuencia de todo ello, los radicales decidieron liquidar la experiencia del Cartel y propiciar, mediante combinaciones parlamentarias, sin necesidad de convocar nuevas elecciones, la formación de un gobierno de centro-derecha, un gobierno de Unión Nacional en julio de 1926.

- Unión Nacional (1926-1932) â radicales y derechas â

El nuevo gobierno, presidido por Poincaré, procedió de forma expeditiva -y de acuerdo con las exigencias de los grandes círculos económicos- a sanear la moneda y estabilizar la situación financiera, lo que consiguió en muy poco tiempo y con gran éxito. Su éxito justifica que en las elecciones de 1928 triunfara plenamente Poincaré.

A grandes rasgos, la segunda mitad de la década de los 20 fue para Francia una etapa de prosperidad económica con desarrollo de nuevas industrias y crecimiento de otras.

La crisis económica mundial de 1929 llegó a Francia con retraso, pero en 1932 era ya evidente la onda depresiva de la economía (â Ello, por una parte, era debido a que la economía francesa tenía una interconexión menor con el mercado mundial que el de otras potencias capitalistas y, por otra, a que tenía una estructura económica de pequeños empresarios que dependían poco del crédito y en la que el comercio exterior jugaba un papel débil). Se produjo un hundimiento de la producción del acero y de automóviles y el paro aumentó de manera considerable. Como consecuencia de ello hubo una reducción del consumo que hizo bajar drásticamente los precios de la carne y del trigo.

El aumento de las reivindicaciones de los obreros y el descontento del sector rural por la baja de sus productos dieron el triunfo a los izquierdistas en las elecciones de 1932, reconstruyendo el Cartel de izquierda.

- Nuevo Cartel (1932-36) â radicales y socialistas â

Era otra coalición entre radicales y socialistas, y de nuevo también el desacuerdo sobre el programa para salir de la crisis impidió que durase la mayoría de izquierdas. La inestabilidad del gobierno contribuyó a la ineficacia de la administración y al descrédito del régimen parlamentario. Ello contribuyó a la resurrección de una derecha antirrepublicana y antidemocrática que desde comienzos de la III República había existido en Francia. Asimismo, hubo un auge de las ligas de organización fascista. Pero a diferencia

de Alemania (Hitler ya había llegado al poder), la crisis económica no desembocaría finalmente en el triunfo del fascismo.

Ante la amenaza de la derecha se produjo la unión de toda la izquierda francesa. Los comunistas cambiaron radicalmente de postura y se convirtieron en los más firmes defensores de esa unión (aunque durante años, las discrepancias entre comunistas -III Internacional- y socialistas -II Internacional- habían sido constantes). Así, en las elecciones de 1936 el Partido Comunista se alió con radicales y socialistas formando el Frente Popular. Su campaña electoral estuvo centrada en el peligro fascista y en la responsabilidad de la oligarquía en la crisis económica.

- Frente Popular (1936-38) a comunistas, radicales y socialistas a

Tras el triunfo electoral, el socialista Leon Blum formó gobierno junto a los radicales (los comunistas rehusaron su participación). Para hacer frente a la crisis se tomaron una serie de medidas económicas que aumentan la capacidad adquisitiva de la clase obrera. Se creó la Oficina del Trigo, organismo estatal encargado de fijar su precio, como un apoyo al campesinado que con sus votos habían contribuido de manera decisiva al triunfo del Frente Popular.

La obra principal del gobierno Blum fue la legislación social: se aprobaron una serie de leyes para fijar el procedimiento de la negociación colectiva entre patrones y obreros con aumentos de salarios, las vacaciones anuales pagadas y semanas de 40 horas.

Fructífero en el plano social, el balance del Frente Popular se mostró catastrófico en el plano económico: en octubre de 1936 se llevó a cabo la devaluación del franco, tardía respecto al dólar y la libra esterlina, y que fue insuficiente para eliminar el déficit comercial.

Ante el fracaso de la política económica y la conflictiva situación social (huelgas y ocupación de fábricas) se produjeron disensiones internas en el seno del Frente Popular: los comunistas culpaban a Blum de no haber efectuado una reforma profunda de las estructuras y, por el contrario, los radicales consideraban excesivamente revolucionarias algunas de las medidas adoptadas. La guerra civil española aumentó estas divergencias ya que los comunistas eran partidarios de una política de resistencia (armas para los republicanos españoles), mientras que por el contrario los radicales se oponían a cualquier compromiso.

En 1937 los radicales se separaron de los socialistas, acercándose hacia los moderados, formando una mayoría orientada hacia la derecha. Esto supuso el fin de la gestión de izquierdas y consecuentemente del Frente Popular.

En abril de 1938 se formó un gobierno de coalición de radicales y de la derecha que suponía el fin del Frente Popular.

Francia, por tanto, estaba en vísperas de la II Guerra Mundial, en una grave situación de crisis económica y de profunda división interna. El Estado Mayor militar, además, era un organismo derechista, inclinado a una estrategia de guerra estrictamente defensiva y que pensaba que la debilidad económica del país (y la reducción de gastos militares) habían reducido considerablemente su capacidad ante una eventual guerra en Europa. El nuevo gobierno optó así por seguir una política de “apaciguamiento”.

Sin embargo, también tuvo que enfrentarse con la política agresiva de Hitler, que anexionó Austria en 1938, y con ello Francia se preparó para la guerra apoyándose en las derechas y organizando un programa de armamento. Los esfuerzos diplomáticos para evitar la guerra (Conferencia de Munich, acuerdos franco-alemán de París) fracasaron al ser invadida Polonia por Alemania, a la que Francia declaró la guerra.

= GRAN BRETAÑA A TRÁS LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

En los años de posguerra, Gran Bretaña dio los últimos pasos para afirmarse como una verdadera democracia política: la reforma de la Ley Electoral en 1918 concedió el voto a todos los varones mayores de 21 años y a más de 8 millones de mujeres mayores de 30 años.

Las elecciones de 1918 dieron el triunfo a una coalición liberal-conservadora dirigida por David Lloyd George, que negoció la paz de Versalles tras la guerra.

Los grandes sacrificios económicos por la guerra, la pérdida de la hegemonía mundial, unido a las dificultades para exportar, supusieron un rápido crecimiento de precios y un fuerte desempleo que se tradujo en una importante conflictividad social con numerosas huelgas. Presionado, el gobierno tomó importantes medidas en materia de legislación social: comités conjuntos de patronos y obreros, seguro de desempleo...

Otro problema al que tuvo que enfrentarse fue la cuestión irlandesa. El partido nacionalista radical, Sinn Féin, desencadenó una oleada de terror en Irlanda para expulsar del país a los ingleses. Lloyd George les ofreció el reconocimiento del Estado Libre de Irlanda, sin el Ulster, con un estatuto de autonomía, en calidad de dominio de la Corona. Esta solución pacífica el país.

Pero la mala situación económica de Gran Bretaña hundió al partido liberal. Los conservadores le retiraron su apoyo por la solución dada al problema irlandés.

En las elecciones de 1922 los conservadores obtuvieron una compacta mayoría (que gobernaron tras la caída de Lloyd George), pero el hecho más significativo fue el espectacular aumento de los laboristas (desplazando a los liberales como segundo partido del país en las elecciones de 1924).

El encargado de formar gobierno fue Stanley Baldwin, quien impuso una política proteccionista con el objeto de fortalecer la libra.

En las elecciones de 1923, los conservadores, no obstante haber ganado las elecciones, carecían de mayoría absoluta, por lo que el rey encargó al líder laborista Ramsay MacDonald la formación de gobierno (por primera vez en la historia).

Que el primer gobierno laborista durase apenas 10 meses; que fuese un gobierno minoritario dependiente del apoyo parlamentario de los liberales; y que por ello no pudiera hacer política socialista (aunque aprobó una ley de viviendas populares, reconoció a la URSS y, distanciándose de la tradicional política imperial británica, participó activamente en la Sociedad de Naciones), todo ello importaba tal vez menos que el hecho mismo de la llegada del laborismo al gobierno. Había cristalizado un nuevo sistema político en el que el partido de los sindicatos aparecía como la principal alternativa al gobierno de las élites tradicionales.

Una coalición de los votos conservadores y liberales derriban al partido laborista, y en las elecciones de 1924 triunfan los conservadores con Baldwin a la cabeza. (Estas elecciones confirman la desaparición definitiva de la escena política inglesa del partido liberal como partido de turno, papel que hereda el laborismo).

El gobierno de Baldwin (con Churchill como ministro) decidió reducir los salarios, lo que provocó un choque directo con los sindicatos. Baldwin tuvo que hacer frente a la única huelga general de toda la historia de Gran Bretaña en 1926, declarada por los sindicatos en solidaridad con los mineros (que eran a quienes les habían reducido el salario). En esta huelga se comprobó la solidez de la democracia británica, pues no hubo actos de violencia ni el gobierno tomó represalias contra los huelguistas. La democracia salió robustecida, y los gobiernos conservadores se mantuvieron hasta 1929, en que ganó la mayoría del partido

laborista, que hubo de hacer frente a la crisis de Wall Street de 1929.

Muy pronto la crisis alcanzó a Gran Bretaña, con sus consecuencias de reducción de exportaciones y descenso de los fondos bancarios; la libra perdió terreno y el número de parados llegó a más de 2 millones. Todo ello obligó a formar un gabinete de Unión Nacional en 1931, que presidió MacDonald hasta 1935.

La recuperación económica británica comenzó hacia 1933 gracias a las medidas proteccionistas adoptadas por el gobierno (elevó las tarifas aduaneras, dio preferencia al comercio con países miembros de la Commonwealth (=Comunidad Británica de Naciones)). El paro comenzó a disminuir y comenzaban a cobrar auge una serie de industrias como la construcción o las de fabricación de productos nuevos (radios, automóviles, fibras sintéticas). En cambio, las industrias dedicadas a la exportación estaban estancadas. Los subsidios de desempleo mejoraron en estos años.

La fórmula de la Unión Nacional (coalición de conservadores, laboristas y liberales) dio el poder a partir de 1937 a los conservadores. El resultado no pudo ser más positivo contra la crisis económica, aún con altos costes sociales. Gobiernos nacionales y políticas conservadoras sacaron a Gran Bretaña de la crisis. El fracaso del extremismo político fue patente (ni comunismo, ni fascismo).

- El problema irlandés

El reconocimiento por los aliados del derecho a la autodeterminación de las nacionalidades de los ex imperios austro-húngaro y otomano reforzó en todas partes las aspiraciones de los movimientos nacionalistas e independentistas. En Gran Bretaña, ello produjo el resurgimiento del nacionalismo irlandés.

En las elecciones de 1918, el partido independentista Sinn Féin (= Nosotros Mismos) obtiene 73 diputados para el Parlamento de Londres pero, imbuidos por el nacimiento de los nuevos estados propiciados por los tratados de paz, deciden no ocupar sus escaños y constituirse en Parlamento irlandés en Dublín y proclamar la independencia de Irlanda. Disueltos el Parlamento irlandés y el Sinn Féin por las autoridades británicas y detenidos (o exiliados) sus principales dirigentes, dos de ellos, Michael Collins y Sean McBride, reorganizaron en la clandestinidad el Ejército Republicano Irlandés (IRA).

A partir de principios de 1920, el IRA desencadenó una violentísima campaña de atentados terroristas contra objetivos ingleses, a la que el ejército inglés respondió con una dura política de represalias que incluyó atentados y asesinatos igualmente brutales. Irlanda vivió dos años de virtual guerra abierta.

A la vista de la situación y de la creciente oposición de la opinión inglesa a la guerra y a los métodos de las fuerzas auxiliares reclutadas para combatir al IRA (los llamados “Blacks and Tans” -negros y marrones-, por el color de sus uniformes), el gobierno de Lloyd George aprobó una ley (1920) que dividía a la isla en dos regiones autónomas: el Ulster (o Irlanda del norte) e Irlanda del sur, cada una con su propio Parlamento y bajo la autoridad de un Consejo de Irlanda. En elecciones separadas, los resultados fueron contradictorios: en el Ulster (norte) se imponen los unionistas, partidarios del mantenimiento de la unión con la Corona; en el sur, ganan por mayoría a los del Sinn Féin. Un tratado entre una delegación irlandesa y Londres convierte en Estado Libre de Irlanda a Irlanda del sur, con categoría de dominio equiparable a Canadá, dentro de la Commonwealth. Irlanda del norte quedaba como región autónoma dentro de Gran Bretaña.

Pero una parte del Sinn Féin no aceptó el tratado (estiman que no se ha conseguido la independencia plena ni respetado la unidad nacional de la isla) por lo que continuaron con la resistencia armada. La ruptura entre las dos facciones fue inevitable: la guerra civil se prolongó hasta la primavera de 1923.

Había nacido en Europa otra nación independiente: el Estado Libre de Irlanda, con todos los atributos que reclama la identidad nacional (Parlamento, Ejército, lengua oficial gaélica), pero subsiste el problema de la separación de Irlanda del norte y los lazos que la ligan de su antigua metrópoli dentro de la Commonwealth.

= ALEMANIA TRAS LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

La democracia parlamentaria se implantó en Alemania como consecuencia de una derrota que sorprendió a la población, y sus gobiernos hubieron de aceptar los sacrificios y las humillaciones impuestos por los vencedores. Estos hechos dieron de modo irreparable la popularidad y legitimidad del nuevo régimen.

Cuando Alemania comprendió la inminencia de su derrota, en septiembre de 1918 decidió formar un gobierno representativo (con la participación de todos los partidos políticos) que pudiera solicitar un armisticio y negociar la paz. Este gobierno, que estuvo presidido por el aristócrata liberal príncipe Max de Baden, reformó la constitución democratizándola y aumentó considerablemente las prerrogativas del Reichstag (Parlamento). El nuevo gobierno pidió el armisticio (petición apoyada por Austria-Hungría) sobre la base de los 14 puntos del presidente norteamericano Wilson, y que eran relativamente generosos con alemanes y austro-húngaros en la medida que no incluían disposiciones punitivas para ellos.

Mientras se negociaba el armisticio, los combates continuaban. Con todo, no hubo acuerdo: los aliados, convencidos de que los alemanes simplemente querían ganar tiempo, endurecieron sus posiciones negociadoras. Alemania intentó una última ofensiva y los marineros de Kiel se amotinaron. La revuelta se extendió a otros puertos. De la flota pasó a las unidades del Ejército de Tierra. Ante tal situación, Max de Baden cede el poder al líder del SPD (partido socialdemócrata), Friedrich Ebert, que firmó el armisticio. El káiser Guillermo II abdicó y se exiló en Holanda, y el socialista Ebert rápidamente proclamó la república.

Así se produjo la revolución en Alemania, fruto exclusivamente de la derrota de la Gran Guerra y no de una larga preparación ni de una vasta oleada de entusiasmo popular. Sólo los elementos más izquierdistas del socialismo intentaron en Alemania algo parecido a la revolución soviética de octubre de 1917. Por ello, en enero de 1919 los más radicales -los espartaquistas- fundaron el Partido Comunista Alemán, de corte soviético, y desencadenaron una campaña de agitación basada en huelgas, motines y luchas callejeras. Para imponer el orden, el gobierno (que era provisional) recurrió al antiguo ejército que sofocó la insurrección berlinesa en tres días, seguida por una represión sangrienta e indiscriminada en la que los líderes espartaquistas (Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht) fueron asesinados mientras estaban detenidos.

Las elecciones para la Asamblea Nacional se celebraron en enero de 1919 en la ciudad de Weimar; en ellas el partido socialdemócrata obtuvo la mayoría, seguido del partido católico del Zentrum, demócratas, extrema derecha e independientes, mientras los comunistas boicoteaban el proceso electoral.

• La República de Weimar

El futuro de la República era incierto: para la extrema izquierda representó “la derrota de la revolución”, por la represión de los intentos insurreccionales; para la extrema derecha, el régimen de Weimar significó la traición nacional, los “traidores de noviembre” (según la propaganda hitleriana), la aceptación humillante del Tratado de Versalles. Además, en Alemania aún permanecían firmes las bases del anterior régimen (poder de los grandes terratenientes prusianos, el viejo ejército seguía siendo un Estado dentro del Estado, y además la enseñanza y el poder judicial seguían en manos de elementos antidemocráticos), a pesar de haberse establecido la democracia política y una constitución que reconocía los derechos de los trabajadores.

La República de Weimar fue, además, un régimen políticamente débil. El sistema proporcional elegido hizo que ningún partido tuviese nunca la mayoría absoluta, recurriéndose siempre a gobiernos de coalición, causa de inestabilidad gubernamental.

La crisis económica erosionó profundamente la legitimidad de la República (â condiciones del Tratado de Versalles: deuda adquirida, pérdida de tierras productivas y de la flota mercante y pesquera): la industria alemana quedó paralizada, el déficit de la balanza de pagos se disparó, el marco se devaluó rápidamente. Todo ello impedía la recuperación de la economía alemana.

Ante todo ello, el gobierno alemán solicitó a los aliados una investigación sobre la economía alemana y el estudio de nuevas fórmulas para el pago de las reparaciones. El resultado fue el Plan Dawes (1924).

Pero el daño político y social que la hiperinflación y la ocupación causaron a la nueva democracia alemana fue irreparable, a pesar de la prosperidad -a la postre ficticia- que Alemania tuvo de 1925 a 1929. La hiperinflación destruyó las economías de las clases medias: eso explica el auge de la derecha.

Ya en 1920 se produjo un intento de golpe de estado en Berlín promovido por los militares, y en 1923 se repitió el intento, esta vez por el ultraderechista Partido Nacional-Socialista (creado en febrero de 1920), al que ayudó el general Ludendorff, destacado militar de la Gran Guerra (â en este intento, Hitler, líder del partido nazi, fue detenido y procesado).

Las sucesivas elecciones que se celebraron en Alemania mostraban el avance de los partidos de derechas, pero también, aunque en menor proporción, del partido comunista, que atrajo a los sectores obreros descontentos con la actuación del gobierno.

La ficticia “prosperidad” del período 1925-29 (con una coalición de socialistas y centristas en el gobierno) permitió hasta creer que la República de Weimar pudiera estabilizarse. Para el partido nazi, este período (aún sobreviviendo al fracaso que supuso su intento de golpe de estado en 1923) fue el peor en el campo político. Los socialistas ganaron las elecciones de 1924 y 1928. Pese a que la derecha nacional (que no los nazis) obtuvo buenos resultados, los partidos de centro aún retenían suficientes escaños y votos como para equilibrar el juego político. Durante este período, Alemania hizo sustanciales contribuciones a la paz internacional y fue por ello admitida en la Sociedad de Naciones en 1926.

La crisis económica mundial de 1929 afectó a Alemania de forma particularmente negativa. La economía alemana no pudo resistir la retirada de los capitales norteamericanos y la falta de créditos internacionales. El comercio exterior se contrajo bruscamente. Caídas de precios, descenso de la producción, desempleo provocaron la adopción de medidas por parte del gobierno que resultaron a corto plazo muy negativas (elevación de impuestos, reducción del gasto público y de las importaciones, recortes salariales y mantenimiento del marco).

Fue precisamente la depresión de 1929 la que dio la oportunidad a Adolf Hitler. En efecto, las consecuencias inmediatas de aquella crisis fueron: la ruptura de la coalición gubernamental entre socialistas y centristas que había sido el principal soporte de la República; la formación de una liga patriótica entre los dos partidos de derecha (la derecha nacional y el partido nazi); y una polarización muy acusada (â los resultados de las elecciones de 1930 vieron ya un espectacular aumento del voto de nazis y comunistas. El trasvase de votos de los partidos de centro y de la derecha moderada a los nazis fue evidente). Desde 1929-30 se agudizaron todas las tensiones de la sociedad alemana: se produjo el hundimiento de la economía alemana. El gobierno siguió una política deflacionista con la esperanza de que la bajada de los precios alemanes aumentara las exportaciones y permitiera la recuperación industrial, pero fracasó porque los precios mundiales bajaron más rápidamente que los de las exportaciones alemanas. Se produjo un espectacular aumento del paro (de 2 a 6 millones) y la política de restricciones afectó con fuertes reducciones a los servicios sociales.

Los nazis capitalizaron en su favor el clima de incertidumbre y de malestar social creado por la crisis. En las elecciones presidenciales de 1932, Hitler consigue el segundo puesto por detrás de Hindenburg (que es apoyado por todos los partidos democráticos). En las elecciones generales celebradas ese mismo año, los nazis fueron ya el primer partido del país (la clase media y la pequeña burguesía se inclinó por el partido nazi). En enero de 1933, tras el fracaso de anteriores gabinetes, Hindenburg encarga a Hitler que forme nuevo gobierno.

En sólo seis meses, Hitler procedió con extraordinarias determinación y celeridad a la conquista del poder y a la destrucción fulminante de toda oposición. Hitler forzó a Hindenburg a autorizarle la disolución del Parlamento y la convocatoria de nuevas elecciones, que se celebraron (marzo de 1933) en un clima de intimidación y violencia extremadas, desencadenadas por las fuerzas paramilitares nazis (las SA) y con las garantías suspendidas como consecuencia del incendio del edificio del Reichstag, que Hitler denunció como una conspiración comunista (el Partido Comunista fue, por ello, ilegalizado).

Tras ganar las elecciones con el 44 % de los votos, Hitler logró que las cámaras aprobaran (con la sola oposición de los socialistas) una Ley de Plenos Poderes que le convertía virtualmente en dictador de Alemania. Las fuerzas nacionalistas y de derechas son absorbidas y el resto de los partidos disueltos, igual que los sindicatos (centenares de dirigentes socialistas y comunistas fueron enviados a campos de concentración). La noche del 29 al 30 de junio de 1934 (la noche de los cuchillos largos), Hitler, usando las SS de Himmler, procedió a la ejecución sumaria de los dirigentes del ala radical de su partido y de personalidades independientes, por supuesto complot contra el Estado (en total 77 personas fueron asesinadas en aquella noche y varios centenares más en los días siguientes). El 14 de julio, Hitler declaró al partido nazi, partido único del Estado. Poco después, en agosto, fallece Hindenburg y Hitler, sin dejar la chancillería, asumió la Presidencia (aunque usó siempre el título de Führer) después de un plebiscito clamoroso en que logró un 88 % de votos afirmativos.

La dictadura alemana había quedado en menos de un año firmemente establecida. Era el III Reich.